

El enigma entre el bien y el mal

Por ENRIQUE GUARNER

EL drama «El Gesticulador» en tres actos de Rodolfo Usigli, que fuera estrenado en el Palacio de Bellas Artes el 17 de mayo de 1947, nos presenta al profesor fracasado César Rubio, quien afirma:

«Con cuatro pesos diarios que nunca pagaban a tiempo en una universidad en descomposición, en la que nadie enseñaba, ni nadie aprendía... una universidad sin clases. Un hijo que pasó seis años en huelga, quemando cohetes y gritando sin estudiar nunca. Una hija enamorada de un «fifi» de bailes que no la quiere. Esto era México para nosotros. Y por qué se me ocurre que podemos salvarnos todos volviendo al pueblo donde nací, donde por lo menos tenemos una casa que es nuestra».

César Rubio conoce a fondo la vida de un héroe revolucionario desaparecido en 1914 quien además era homónimo suyo, por lo que decide impersonificarlo y presentar la candidatura para gobernador de su estado natal.

En el último acto César Rubio es confrontado por el general Navarro, quien representa la corrupción y no acepta a un impostor. Es entonces al ser amenazado que el profesor dice:

«Puede que yo no sea el gran César Rubio. Pero, ¿quién eres tú?... ¿Quién es cada uno en México?... Dondequiera encuentras impostores, impersonadores, simuladores; asesinos disfrazados de héroes; burgueses disfrazados de líderes; ladrones disfrazados de diputados; ministros disfrazados de sabios; caciques disfrazados de demócratas; charlatanes disfrazados de licenciados; demagogos disfrazados de hombres de letras. ¿Quién les pide cuentas? Todos son unos gesticuladores hipócritas».

Navarro le replica: «Ninguno ha robado como tú la personalidad de otro», a lo que el profesor contesta: «¿No?». Todos usan ideas que no son tuyas. Son como las botellas que usan en el teatro con etiqueta de cognac y rellenas de limonada. Otros son rábanos o guayabas, un color por fuera y otro por dentro. Es una cosa del país, porque está en toda su historia que tu no conoces. Pero mírate, has conocido de cerca a los caudillos del partido, porque les has servido a todos por la misma razón. Los más puros de entre ellos han necesitado siempre de tus manos para cometer sus crímenes, de tu conciencia para recoger sus remordimientos, como un basurero. En vez de aplastarte con el pie te han dado honores porque conocías sus secretos y ejecutabas sus bajezas».

La obra termina cuando antes de la elección César Rubio es muerto por el mismo político que asesinó al revolucionario, pero salido el conflicto se le considera héroe nacional y conquista la gloria anhelada.

Este magnífico drama de Rodolfo Usigli plantea un problema fundamental: ¿Cual es el origen de nuestras lagunas morales?

Lógicamente para entenderlo tenemos que retroceder en la historia y buscar la transición de la conducta animal hacia la que existe en los seres humanos. En su libro «Evolution in action» Julian Huxley afirma: «El hombre es el único animal que practica lo que los freudianos han llamado represión y realiza siempre elecciones conscientes. Es asimismo el solo organismo viviente que posee conciencia, o sea, el sentido de lo que está bien o mal. Por otra parte esto no es obtenido hereditariamente o por implantación divina. Como cualquier parte de nuestras mentes es una pieza de la maquinaria psíquica construida por el niño para enfrentarse a la situación ambivalente que lo confronta en los años tempranos».

Para entender la implantación del concepto del bien y del mal tenemos que examinar el que existe en los pueblos primitivos en los cuales la moral rudimentaria tenía como único fin la preservación del grupo. Tal vez fueron las costumbres las que crearon los «tabus» o prohibiciones. Estas últimas tienen que haberse desarrollado en relación a los cambios corporales, como son: el embarazo, el nacimiento, la menarca, la llegada de la pubertad o la muerte. Todas estas situaciones deben haber sido vistas como crisis y conectadas con los elementos sagrados que daban lugar a interferir con las fuerzas instintivas y a vedarlas.

Indudablemente que fueron ciertas virtudes las que dieron lugar a consideraciones morales positivas. Por ejemplo, la valentía tiene que haber sido más premiada que la cobardía. El amor se convirtió en algo digno de algún ceremonial puesto que es celebrado en la mayoría de los pueblos primitivos, aunque algunas de las nupcias sean poligámicas. También es casi seguro que la generosidad era considerada superior a la avaricia. Sin embargo, una cualidad que muchos de nosotros respetamos como

es la individualidad, tuvo que ser frenada porque determinaba la extinción de la raza.

De acuerdo con lo anterior las bases de la civilización fueron determinadas a través de reglas fijas que detuvieron el instinto y que dieron lugar al juicio de los demás, de tal manera que cualquier violación traía graves consecuencias.

Desde tiempos remotos los filósofos entendieron la posición privilegiada del hombre y es así como en el siglo IV antes de J. C. Heráclito afirmaba que existían dos creaciones básicas: la del ser humano y sus dioses frente a las demás criaturas que habitan en la naturaleza.

El estoico Séneca aseguraba que las personas y sus dioses pertenecían a una comunidad por ser racionales; en tanto que los animales no lo son puesto que aún su conducta más complicada «carece de reflexión». El filósofo romano llegó a aseverar que si el hombre reapareciera en la tierra tendría que enseñarse el bien porque el mal ya lo trae adentro.

Aristóteles quien más que un filósofo era un observador colocó al ser humano en lo más alto de la escala de la naturaleza por encima del elefante hindú, y lo consideraba como el único animal que poseía poderes intelectuales.

Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII ya mencionaba que el alma era implantada al feto antes del nacimiento, lo cual trajo como consecuencia un retraso enorme en el desarrollo de la Embriología. René Descartes siguió el mismo razonamiento estableciendo una dicotomía entre el hombre y los animales, considerando a éstos últimos como maquinarias de sangre y carne; mientras el ser humano poseería un alma. La idea subyacente es que él puede crear a Dios.

En 1869 Charles Darwin, con la introducción de las teorías de la Evolución contradijo las ideas anteriores demostrando que los animales también razonan y que el hombre posee instintos. Por último Sigmund Freud descubrió que ellos han sido reprimidos, pero que permanecen inconscientes condicionando las formas en que aparecen ante nosotros las enfermedades mentales.

Psicología de la moral humana

En 1914 Freud comenzó a explicarse el sentimiento de culpa y sugirió que el narcisismo de la infancia es remplazado por la devoción que se siente hacia los padres, lo cual forma el «ideal del yo»; o sea, una agencia que mida a la parte organizada de la mente con aquello que considere ejemplar o superior. Posteriormente en «El yo y el ello» de 1923, el descubridor del psicoanálisis introdujo el término *superyo* que sería una estructura más amplia que determinaría lo moral, es decir, lo que será aceptado en contra de nuestros impulsos.

Los defectos *superyoicos* y la patología antisocial han sido objeto de estudio. Adelaida Johnson y Szureck han

demostrado la transmisión de lagunas morales de los padres a los hijos. Estos mensajes conscientes o inconscientes dan lugar a la corrupción o a la falta de honestidad en las acciones. Cuando un niño se enfrenta ante una prohibición, siempre se preguntará ¿Por qué?, y si nuestra respuesta es defectuosa dejaremos un vacío en su «ideal del yo».

El mexicano sufre desde la infancia una sociedad deficiente en la cual el gobierno y la clase en el poder carece de fuerza moral y condiciona una actitud ambivalente hacia lo que es honesto. Para casi todos nosotros resulta difícil conocer nuestros derechos y tenemos la arbitrariedad de los funcionarios o policías, porque además como señala César Rubio todos están disfrazados.

La mayoría de los presidentes han intentado hacer desaparecer la corrupción, pero ello resulta imposible, dado que su origen está en el concepto del bien y del mal. Muchas de las grandes fortunas de México se han derivado de los contratos gubernamentales y aquellos que ocupan los puestos más altos disfrutan de una vida incomparable, lo que hace que un pobre profesor universitario quiera «gesticular» y convertirse en uno de ellos.

Tal vez tenía razón Malcolm Lowry cuando en su novela «Under the volcano» decía: «Los pelados son los despojados, los encuerados, pero también aquellos que no buscan ser ricos para despojar a los verdaderos pobres». Este mismo escritor en relación al abuso de que es objeto el mexicano añadía: «El español explotó al indio, luego cuando tuvo descendencia explotó al mestizo, después al propio español de sangre pura como era el criollo; más tarde el mestizo explotó a todo el mundo: al indio, al extranjero, etc. Luego llegaron los alemanes, los norteamericanos que lo explotaron a él. El capítulo final de México es que resulta la explotación de todos por todos».